

CHIPRE, VICTIMA DE LA GEOPOLITICA

El estar situada en una zona eternamente conflictiva, ocupar en ella una posición dominante y no ser militarmente fuerte son factores nada buenos para gozar de tranquilidad; pero si a esto se suma el hecho de estar ubicada en una plataforma continental con posibilidades petrolíferas de cierta importancia, las circunstancias se hacen aún más adversas, especialmente después de la crisis energética mundial, consecuencia de la última guerra árabe-israelí. A este conjunto de cualidades geofísicas hay que añadir la existencia en su territorio de dos comunidades étnicas antagónicas por su origen y características, griegos y turcos, muy difíciles de integración, lo que convierte a esta isla en un volcán con sus períodos de actividad y de calma, pero con un fuego subterráneo latente dispuesto a brotar por el cráter de la violencia a la menor oportunidad. Esta es, en síntesis, la situación de la bella isla de Chipre, en el fondo del Mediterráneo oriental, que está pasando en la actualidad por un período de actividad bélica, uno más de su larga historia, que parece lo será también de reestructuración política interior y de reparto de zonas de influencia entre las minorías étnicas hoy entremezcladas; al menos éste ha sido el objetivo final que se han propuesto los turcos.

Pero de todas estas realidades es su situación geopolítica la que priva y ha sido y sigue siendo el factor dominante y la causa principal de su devenir histórico.

La península de Anatolia, el Asia Menor y Egipto forman el fondo de saco del Mediterráneo oriental. La importancia de toda esta área en la geoestrategia global la define una historia de cinco mil años ininterrumpidos, con sus altas y bajas, pero siempre en el primer plano de la historia humana. Hoy día estas costas pertenecen: la de la península de Anatolia, a Turquía; la de Asia Menor, a Siria, Líbano e Israel; la de Africa, a este último país y a Egipto desde que la península del Sinaí cayó bajo el control de los primeros. En ella existen puertos muy importantes, algunos de ellos

terminales de oleoductos petrolíferos, que le proporcionan un gran valor económico-político y en donde se ha centrado en estos últimos años la zona conflictiva y de tensiones entre la «Eskadra» rusa del Mediterráneo y la VI Flota de los Estados Unidos de América.

Pues bien, Chipre ocupa frente a ellas una posición de bloqueo natural y una posición casi central en el área, cualidades que le permiten controlar desde ella, con fuerzas navales y aéreas adecuadas, toda la navegación de una de las zonas focales del tráfico marítimo más importante del mundo por estar allí localizada una concentración de terminales de oleoductos. Por si fuera poco, también está dentro de sus posibilidades estratégicas el controlar la salida mediterránea del canal de Suez. Todo ello convierte a Chipre en una posición clave deseada por aquella potencia que tenga afanes hegemónicos en la zona, lo que la ha convertido en zona polémica a lo largo de la Historia. Así podemos citar entre sus dominadores a Bizancio; a los cruzados, que tuvieron en ella un reino llamado de «Los Luises», de gran influencia francesa y al que deben los monumentos góticos medievales que constituyen uno de los encantos de la isla; los venecianos, que fortificaron Famagusta, Limasol y otras ciudades chipriotas, la conquistaron y dominaron todo el tiempo que duró su hegemonía político-comercial. Ya en el siglo XVI los afanes de dominio en aquella área cayó en manos de los turcos. Recordemos que Turquía y España, en aquel siglo y parte del siguiente, constituyeron de hecho el primer intento de bipolaridad política de la Historia, continuada solamente por la hoy existente entre los Estados Unidos y Rusia. Pues bien, en 1571 Piali, almirante de Selim II, conquistó Chipre para Turquía, constituyendo la última fase de su conquista la expugnación de Famagusta, cuya heroica defensa por los venecianos es uno de los fastos de la historia mediterránea, con el penoso recuerdo del desollamiento vivo del general veneciano Bragadino, gobernador de la plaza, realizado por los turcos, así como de las atrocidades que allí cometieron los vencedores, recuerdo que es posible haya pesado en el éxodo en masa de los griegos chipriotas el 16 de agosto último, fecha de su segunda rendición, que les hizo huir a los montes cercanos, dejando a la ciudad totalmente abandonada y a merced de los vencedores. Aquella victoria militar puso a la isla en poder de los otomanos, que la han tenido bajo su autoridad hasta el año 1878. Durante los siglos transcurridos los conquistadores, con el trasiego natural, crearon poco a poco una minoría turca de residentes que ha convivido mal que bien con los griego-chipriotas autóctonos, que la verdad es

que siempre han sido gobernados por extranjeros de uno u otro color. Esta población turca con el tiempo llegó a ser el 18 por 100 de la población, y es la que ha dado origen a los hechos actuales. Chipre se conservó turca, mejor dicho, formando parte de su imperio, hasta el citado año de 1878, en el que después de una guerra con los rusos, de la que fue mediadora Inglaterra, el político inglés Disraeli consiguió, como una especie de muestra de agradecimiento, la cesión de Chipre al imperio británico, gaje que les proporcionaba una posición favorable de control de la salida mediterránea del canal de Suez, entonces en sus comienzos de explotación. En consecuencia, Chipre cambió de dueño y desde entonces las dos minorías, la griego-chipriota y la turca, vivieron en apariencia tranquilas dentro de la Pax Británica.

Pero en 1960 los ingleses decidieron dar la independencia a la isla como consecuencia de un movimiento secesionista dirigido por el exarca Makarios, apoyado por una organización panhelénica dirigida desde Atenas y de la que era jefe en Chipre el famoso general Grivas, cabeza visible de los partidarios de la enosis o incorporación de la isla a Grecia.

Pero la situación del Mediterráneo oriental en 1960 era completamente distinta a la de 1878, pues la hegemonía inglesa en dicho mar, mantenida por la «Mediterranean Fleet» desde las bases de Gibraltar, Malta y Alejandría, había desaparecido, quedando como recuerdo de ella nada más que Gibraltar, siendo sustituida por aquellas fechas por la hegemonía norteamericana, que mantiene en dicho mar a la VI Flota de los Estados Unidos de América, apoyándose en bases prestadas o arrendadas. Como las potencias afectadas en el momento de la independencia eran Inglaterra, Grecia y Turquía, se reunieron en Zurich y allí llegaron a un acuerdo, según el cual se comprometieron a respetar la libertad de la isla dirigida por Makarios, reservándose Grecia y Turquía el derecho a intervenir en ella en caso de disensiones internas que fueran en contra del acuerdo adoptado. Esta cláusula es de suma importancia, pues otorga el derecho a los tres firmantes de mantener tropas en Chipre, a los griegos y turcos como protectores de sus minorías y a los ingleses como guarnición de dos pequeñas bases aeronavales, pero muy bien situadas: la de Dekelia, al sur y muy cerca de Famagusta, y la de Akrotiri, al lado del puerto de Limassol. En aquellos momentos Rusia todavía no había hecho su aparición en el Mediterráneo y se contentó con que la actitud de Makarios fuera, a pesar de su amistad con los occidentales, más bien neutralista, pues de esa forma la influencia

aeronaval de Chipre en aquella zona, como consecuencia a su posición, prácticamente se anulaba.

Desde que los griego-chipriotas se vieron libres comenzaron a hacer la vida imposible a la minoría turca, al menos eso es lo que aducen éstos, dando lugar a varios enfrentamientos, algunos de ellos muy graves, que llevaron a turcos y griegos al borde de la intervención y de la guerra, obligando a la ONU a enviar a la isla a sus cascos azules. Pero el arzobispo Makarios, consciente de lo que se jugaba en ello, siguió la política de mantener el *statu quo* con los turcos de vivir y dejar vivir, oponiéndose también a la minoría partidaria de la enosis o unión definitiva con Grecia, especialmente después de la entrada en fuerza de la «Eskadra» rusa en el Mediterráneo, pues estaba convencido de que sólo una independencia neutralista mantendría a Rusia apartada de sus asuntos internos.

Al advenimiento en Grecia del régimen llamado de los coroneles, el panhelenismo volvió a ser resucitado en la isla; el general Grivas, que hacía tiempo estaba ausente de ella, regresó, sin duda para dar calor a los partidarios de la enosis, volviendo los enfrentamientos con la minoría turca, a pesar de la presencia de las fuerzas militares de las Naciones Unidas, que mantenían en las zonas de fricción líneas de separación verdes vigiladas por ellas en evitación de que se renovaran las luchas entre turcos y griegos. Grivas murió y la dirección del movimiento de unión con Grecia pasó a manos más jóvenes y decididas, pero inexpertas, que prepararon un golpe de Estado para derrocar al Gobierno de Makarios y todo lo que él significaba.

En este intervalo, la Guardia Nacional griego-chipriota se vio reforzada con numerosos oficiales griegos, según fuentes no del todo seguras unos 600, cifra que nos parece demasiado alta. El hecho fue que el panhelenismo subió de tono de forma alarmante, así como también se pudo observar la llegada de armamentos ligeros y anticarros con destino a la Guardia Nacional. La tensión interior así creada llegó a su punto culminante el día 15 de julio último, fecha en la que el mundo entero se vio sorprendido ante el anuncio de un golpe de Estado ocurrido en Nicosia, promovido por la citada Guardia, en el que había resultado muerto el arzobispo Makarios. La figura del exarca era tan conocida y gozaba de simpatías tan universales que la noticia constituyó una verdadera bomba informativa, causando un sentimiento general de pena y de protesta ante el bárbaro hecho. El sucesor en la presidencia resultó ser un comandante de la Guardia Nacional llamado Nicos Sampson, que nadie conocía. Sin duda alguna, este golpe

de Estado fue fraguado y apoyado por el Gobierno griego del general Ghizikis, por lo menos las apariencias le acusan de ello, asumiendo un riesgo mal calculado, pues de ninguna forma podría prever las reacciones en cadena a que dieron origen los hechos y que terminaron con el Gobierno de los coroneles y de sus sucesores, llevando al país al borde de una de las crisis mayores por las que ha pasado Grecia en estos últimos años, con consecuencias que pueden ser históricas al cambiar radicalmente la orientación política seguida después de la guerra civil anticomunista que terminó con la victoria de Grammos.

Inmediatamente a la anunciada muerte se produjeron violentos encuentros entre los partidarios del antiguo régimen y los recién llegados al poder, pero al día siguiente el mundo entero se vio sorprendido ante una información difundida desde Paphos que recogía una declaración del propio Makarios, realizada a través de una radio clandestina, pidiendo a todos los países que sostuvieran a los chipriotas contra la dictadura griega, que pretendía apoderarse de la isla. Esta resurrección tuvo inmediatas repercusiones entre los interesados directamente en el asunto: en Atenas se produjo una gran consternación y disminución de la moral gubernamental, que comprendió lo que se le venía encima. Ankara envió una nota de advertencia a Grecia sobre las consecuencias de toda tentativa de anexión de la isla contra los acuerdos de Zurich, así como su decisión de defender a sus compatriotas chipriotas. En Londres, el ministro de Asuntos Exteriores, Callaghan, autorizó al arzobispo Makarios a refugiarse en una base británica de la isla. Por último, los rusos, a través de Sofía, solicitaron del Consejo de Seguridad de la ONU su obligación de tomar medidas oportunas para restablecer el orden y el antiguo régimen en Chipre.

El día 17 continuaron los tiroteos entre partidarios y adversarios de Makarios, pero lo importante fue que una delegación turca marchó a Londres para proponer a los ingleses una intervención conjunta, que fue rechazada de plano. Este hecho fue causante de la decisión turca de obrar por su cuenta.

Ese mismo día el arzobispo llegó a Londres con el propósito de entrevistarse con los dirigentes ingleses antes de dirigirse al Consejo de Seguridad. Por su parte, los rusos reaccionan por medio de una nota en la que propugnan por la existencia independiente de Chipre como Estado soberano y la expulsión de todo el personal militar allí existente: sin duda se referían a los oficiales griegos responsables del golpe de Estado; ya dijimos

al principio que las miras de la URSS sobre Chipre fueron las de mantenerla neutral, en coincidencia con la política del exarca; la postura de los rusos durante todo el conflicto ha sido prudente, pero señalando con firmeza que su objetivo era el restablecimiento del acuerdo de Zurich de 1960.

Norteamérica, por su parte, no quiso comprometerse a nada sin conocer hacia dónde marchaban los acontecimientos; lo prueba el hecho de no haber movilizad, como ha sido su costumbre, al secretario de Estado, Kissinger, sino a su adjunto, Sisco; al parecer lo único que deseaban era que continuase en la órbita de Occidente. Es decir, que los dos grandes de la Tierra pretendían que el conflicto no se extendiera y que las cosas continuaran en esa zona como antes del golpe de Estado. Pero la reacción de Turquía al conocer la negativa británica de intervención conjunta fue mucho más violenta, pues estaba decidida a terminar de una vez con el problema que le planteaba la protección de sus minorías en la isla basándose en la cláusula del acuerdo de Zurich, que le permitía la intervención directa con este propósito. Su objetivo era limitado y no iba contra Grecia, pues Chipre era una nación independiente, aunque consideraba a este último país responsable de lo sucedido, pero allá él; no entraba en sus propósitos atacarles si no eran atacados. A este objeto concentró en el puerto de Mersin, cerca del norte de la isla, importantes fuerzas de desembarco, que en su conjunto resultaron, junto a la guarnición que tenía en Chipre, de unos 40.000 hombres. La cercanía de las costas de Anatolia la ponían dentro del radio de acción de los cazabombarderos turcos sin posible reacción griega, sus fuerzas navales actuaban desde bases cercanas con toda comodidad. A las cero horas del día 20 zarpó la flota turca, y a las cuatro de la mañana desembarcaban en Kirenia, a unos 50 kilómetros al norte de Nicosia. Casi en ese mismo momento Makarios exponía ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sus quejas y temores, pero el duro soldado turco hollaba ya las playas de su país y la Guardia Nacional oponía una resistencia poco consistente dado su carácter de milicia y no de ejército, su carencia de apoyo aéreo, su escasez de blindados y de armas anticarros, así como su pequeño número, unos 13.000 hombres; todo ello la ponía en unas condiciones de inferioridad que explican el rápido éxito militar de los turcos, que lograron desde los primeros encuentros una amplia cabeza de puente en el norte de la isla que puso desde el primer momento bajo su control la carretera que une a Kirenia con Nicosia, haciendo inutilizable el aeropuerto de esta ciudad.

El mismo día del desembarco, por la noche, el Consejo de Seguridad se reunió en sesión urgente, votando una resolución en la que se ordenaba el inmediato cese del fuego, la retirada de todas las fuerzas extranjeras y la apertura inmediata en Ginebra de negociaciones tripartitas. Turquía y Grecia aceptaron el alto el fuego el día 22, debiendo comenzarse esta pausa a las quince horas de ese día.

Mientras tanto en Grecia el nerviosismo subía de intensidad, se ordenó la movilización y una psicosis de guerra inunda el país. Por un lado, el odio secular a los turcos les empujaba a la acción; por otro, el temor a acciones irreparables y de un seguro fracaso dada la preponderancia militar turca, cuatro o cinco veces superior, les hacía pensarlo mucho antes de lanzarse a una aventura por las fronteras de Tracia.

En el propio Chipre entre los responsables del golpe de Estado cundió el desánimo al contemplar las terribles consecuencias de sus actos, hasta el punto de que el flamante nuevo presidente, Nicos Sampson, dimite su mandato, que ha durado justamente ocho días, siendo nombrado para sucederle a Clerides, presidente de la Asamblea Nacional y representante de Chipre en las reuniones con el extranjero. Clerides dio una buena muestra de patriotismo al tomar posesión de dicho cargo en las circunstancias trágicas del momento.

En la propia Grecia las tensiones suben, si cabe, aún más, hasta el punto que se rumorean golpes de Estado, dimisiones y toda clase de soluciones, muchas de ellas disparatadas; pero el presidente, general Ghizikis, no pierde la cabeza, pensando que en tales circunstancias sólo cabe la solución de un Gobierno de concentración nacional que rompa con el próximo pasado. Para ello llama al jefe político de tendencias conservadoras, Caramanlis, que se encuentra en el exilio en París, ofreciéndole el poder; éste acepta y toma el avión para Atenas. Clerides y Caramanlis son, a nuestro juicio, dos auténticos héroes griegos, dignos sucesores de los que ilustraron la historia de la antigua Grecia. En Atenas el régimen de los coroneles se da por caducado, y Caramanlis trata de establecer una democracia con Gobierno de centro izquierda sin participación comunista; el temor a los turcos y la exaltación patriótica que atraviesa el país hace que este increíble cambio se realice en el mayor orden, con plena participación de las fuerzas armadas, que en este momento se emplean en la preparación de la movilización y defensa de las fronteras y no en la política. Hay suelta de presos políticos, regreso de exilados famosos, pero las circunstancias hacen que prác-

ticamente nadie o casi nadie se ocupe de ellos, así como tampoco en pensar en la vuelta de la monarquía o continuación de la República. Todo se está haciendo a paso de carga: el 24 Caramanlis jura su cargo y envía a Ginebra a un representante con el fin de que el 25 se pueda celebrar la primera sesión.

En Chipre el alto el fuego, como suele suceder, no ha sido respetado más que a medias; los turcos aprovechan la ocasión para mejorar sus posiciones frente a Nicosia y ocupan nuevos territorios alrededor de Kirenia que les puedan servir de base para nuevos avances.

Comienzan el 25 las conversaciones tripartitas en Ginebra, que se prolongan hasta el día 30, sin otro resultado que el haber conseguido una congelación de las conquistas logradas por los turcos, que, en consecuencia, deben de mantenerse en sus últimas posiciones, así como la convocatoria de otra reunión para el día 8 de agosto, en la que han de participar representantes de las dos minorías chipriotas, con el fin de redactar un nuevo estatuto para la isla.

En estos días el Consejo de Seguridad se reúne dos veces a petición de la URSS; sus proposiciones son un tanto contradictorias, pues en la del día 28 solicita que una comisión del Consejo visite Chipre y que lleve a Makarios; en la del día 1 de agosto aprueba la resolución de Ginebra; en resumen, la URSS lo que desea es mantener la situación de política neutralista de la isla.

Para señalar la línea de congelación del frente se nombra una comisión en Chipre, formada por oficiales británicos, turcos, griegos y de los cascos azules de la ONU; hay que señalar la pobre actuación de estos últimos, pues no han servido prácticamente para nada, así como la del Secretario de las Naciones Unidas Kurt Waldheim, que durante el desarrollo del conflicto no ha presentado soluciones de ninguna clase. Cuando se realizaban estas reuniones, los turcos no dejan de mejorar sus posiciones, con muy poca o ninguna oposición chipriota, cuyas fuerzas están muy desmoralizadas. Una de las características de los sucesos de estos primeros días de agosto de la congelación del frente la constituyen las acusaciones mutuas ante el Consejo de Seguridad y Prensa sobre atrocidades cometidas en la población civil de unos y otros, cosa nada de extrañar, dado el odio fomentado entre ellas en estos últimos años, que las predispuso en los momentos de crisis a estos desmanes. En el terreno militar los chipriotas se reorganizan como pueden y toman posiciones en los alrededores de Kire-

nia; pero el mando turco no está dispuesto a consentir concentraciones y los bombardea y se reanudan los combates, con ganancia de nuevas posiciones para los turcos.

Los preparativos para la conferencia de Ginebra con representantes de las dos minorías chipriotas se llevan adelante, aunque con cierto retraso; por fin, el 10 de agosto llegan los representantes chipriotas. Los participantes fueron los siguientes: por Inglaterra, Turquía y Grecia, sus tres ministros de Asuntos Exteriores, Mr. Callaghan, Gunes y Mavros; Clerides, por la minoría griega chipriota, y Denktash, por la otomana. Las reuniones tuvieron lugar en el palacio de las Naciones de Ginebra; Mr. Callaghan actuaba en ella más bien como buen componedor, aunque él se quería dar aires de árbitro, cosa que, como veremos, no consiguió. Abrió la sesión la lectura de la propuesta chipriota griega, que presentaba Clerides. Se trataba, en realidad, de una revisión de la Constitución de 1960, sin otra novedad que la concesión de una cierta autonomía a las ciudades y enclaves turcos, pero sin citar siquiera los verdaderos problemas de fondo, y sin darse cuenta que la posición turca en Chipre era de fuerza, ya que tenían en la isla un verdadero ejército, bajo una cobertura aeronaval con bases cercanas, mientras que ellos no podían contar con la ayuda del ejército griego, como había claramente expresado Caramanlis, diciendo públicamente que no era posible enviar tropas a riesgo de debilitar la defensa de sus propias fronteras. A la propuesta de Clerides le faltó realismo, pues no hablaba para nada de federación, que era lo que, de una forma o de otra, querían los turcos, y por no hacer nuevas aportaciones a las conversaciones mantenidas desde 1968, fue rechazada por Denktash.

Gunes, ministro de Asuntos Exteriores turco, presentó a su vez una contrapropuesta a base de una federación geográfica; los turcos ocuparían y mandarían al norte de la línea «Atila», que iba prácticamente desde Famagusta a Morphu; además se crearían cantones en donde hubiera mayoría turca; el resto de la isla sería de los griego-chipriotas; el conjunto formaría una federación que constituiría la república independiente de Chipre. Mavros rechazó de plano toda división geográfica; además aducía que la parte que se querían atribuir los turcos era la más fértil y en donde existían más establecimientos turísticos, del que los chipriotas obtienen pingües ganancias. Al día siguiente se volvieron a reunir de nuevo; las dos delegaciones griegas dieron una respuesta negativa al plan turco; pero, según dijeron, para dar pruebas de buena voluntad, arguyeron que no habían

recibido la propuesta turca hasta la mañana del día 10 y que, por lo tanto, no habían tenido tiempo de estudiarla ni tratarla con sus gobiernos; en consecuencia, solicitaron de Mr. Callaghan un plazo de treinta y seis horas para poder dar una respuesta definitiva. Este trató de conseguir este plazo de Gunes, que a su vez pidió que se interrumpiera la sesión para consultar a su Gobierno; pero el jefe turco del mismo, Ecevit, no sólo rechazó el aplazamiento, sino que en una especie de ultimátum conminó para que aquella misma tarde se tomara una decisión. Siguió a esto una discusión entre los representantes turcos por un lado y Mr. Callaghan y los dos griegos por otro. Callaghan hizo veladas amenazas, diciendo que Turquía se podría encontrar en el futuro en una mesa de conferencias con interlocutores más difíciles que en ésta. Gunes rechazó toda intención de intervención militar turca, añadiendo que el fracaso de la conferencia no significaba el tener que recurrir a las armas, sino simplemente un fracaso en el campo diplomático. La verdad, como sabemos, fue muy otra, pues los turcos atacaron casi inmediatamente. Callaghan salió de la conferencia de muy mal humor, lanzando venablos contra los turcos, a los que, según él les dijo lo que pensaba, calificándoles de intransigentes y de mala voluntad.

Estos exabruptos ingleses no tuvieron consecuencias de ninguna clase, pues Callaghan olvidaba que Inglaterra no se presentaba en Ginebra, como lo había hecho otras veces, como potencia imperial dominante, sino como un mero firmante del acuerdo tripartito de Zurich y, por lo tanto, sin apenas ningún peso. Gunes cerró el asunto con esta declaración a los periodistas: «Mis colegas griegos conocían mis proposiciones desde el lunes a mediodía, habiendo tomado una posición contra ella en nombre de la Constitución de Chipre. No tenía, pues, ninguna razón para acordarles un nuevo plazo de treinta y seis horas, puesto que sabía de antemano cuál sería su respuesta. Por mi parte, el trabajo ha terminado.» En resumen, el día 14 de agosto, a las dos horas veinte minutos, la conferencia de Ginebra se clausuró con un fracaso total. No tardaría en volverse a oír en Chipre el estruendo de las armas.

Los acontecimientos que siguieron a la ruptura de la conferencia prueban que los turcos habían programado su actividad militar en Chipre hasta en sus menores detalles. Por su parte, los griegos entraron en un paroxismo nervioso que les condujo a tomar decisiones que por su gravedad conmovieron al mundo occidental.

Mr. Callaghan, en nombre de la Gran Bretaña, solicitó una reunión inmediata del Consejo de Seguridad; éste anunció se reuniría a las siete de la mañana. El premier Mr. Wilson anunciaba que suspendía sus vacaciones veraniegas en las islas Sorlingas, preparando en la metrópoli trescientos paracaidistas por si hubiera necesidad de enviar a Chipre refuerzos. Como puede verse, la reacción británica fue bastante floja, muy distinta a la habitual en tiempos pasados. Según los ingleses, su punto de vista era compartido por los Estados Unidos y los nueve países del Mercado Común. El Gobierno francés fue, en realidad, el único que envió una nota al Gobierno de Ankara para que reconsiderase su actitud. La realidad respecto a Norteamérica era que le cogían los acontecimientos en un mal momento de su política interior, pues el presidente Nixon acababa de dimitir y el nuevo, Edgar Ford, aunque en contacto con Kissinger y éste a su vez en comunicación telefónica con Ecevit, no se deciden a tomar determinaciones de importancia a nuestro modo de ver por dos razones: La primera por considerar que el proyecto de federación geográfica presentada por los turcos era razonable y el único medio de que la situación interna de Chipre se estabilizara, pues hay que tener en cuenta que los Estados Unidos constituyen una federación de Estados y, por lo tanto, ven con simpatía esa solución política. La segunda, que la situación geopolítica de Chipre constituye un factor estratégico muy importante en el Mediterráneo oriental, aumentado por la próxima apertura del canal de Suez, realizada gracias a importantes aportaciones de capital americano, pensando obtener de ello un gran rendimiento, tanto económico como estratégico, pues si llegan a un acuerdo con Egipto, como parece, podrán presentarse en fuerza en el golfo Pérsico e Indico, área en la que los rusos tratan de tener una gran influencia político-militar. También es posible que piensen en la contención de las apetencias económicas de los emiratos petrolíferos, hoy día prácticamente fuera del alcance de las reacciones de las potencias occidentales, hecho que les ha permitido el alza de los crudos y las coacciones sobre los países industrializados, siendo posible que la apertura del canal les haga ser más prudentes. Como dijimos al principio, la isla de Chipre tiene en este mar una posición casi central y de geobloqueo natural sobre todas sus costas, incluso de la de Egipto, y, por lo tanto, el área focal del tráfico que supondrá en los accesos de Port Saïd la apertura del canal de Suez exige un dominio de la isla por los occidentales o su neutralización; su situación con Makarios era la de neutralidad benévola a Occidente, actitud con la que se contentaban rusos y norteamericanos; por estas razones

ni unos ni otros desean que cambie el *statu quo* de su política interior, y estos últimos estiman que en principio una federación entre las dos minorías, la griega y la turca, sería la mejor solución para aumentar la estabilidad interior, así como reforzar su neutralismo.

Que los turcos tenían todo perfectamente planeado lo demuestra el hecho de que a las cuatro y veinte del mismo día 14, o sea dos horas después de haberse interrumpido definitivamente las conversaciones de Ginebra, anunciaban por radio la puesta en vigor de «la alerta de guerra TYK», y a las cuatro y cincuenta y uno comenzaron los bombardeos de los objetivos militares de Nicosia, cerrando el espacio aéreo de Chipre a todo tráfico, al mismo tiempo que su Gobierno da a conocer una declaración en la que hace responsable al Gobierno griego del fracaso de la conferencia de Ginebra, así como del golpe de Estado chipriota del 15 de julio.

A las cinco y treinta comienza el avance turco. De la bolsa conquistada en Kirenia, en donde se encontraba el grueso otomano, parten dos ataques: uno en dirección a Famagusta, otro en el de Morphu, con el objetivo de ocupar todo el territorio situado al norte de la línea «Atila», con el que se dividiría la isla en dos trozos: aproximadamente, la tercera parte quedaría para los turcos y las dos terceras partes para los griego-chipriotas. El avance, aunque no muy rápido, es prácticamente un paseo militar, pues la resistencia de la Guardia Nacional es muy escasa y esporádica, además de mal dirigida; pero principalmente todo ello es debido a la superioridad aérea y naval turca, así como a los blindados, que avanzan sin oposición. Pese a todo, radio Nicosia difunde un mensaje a las seis y treinta en el que anuncia que resistirán hasta el fin. Los hechos verdaderamente trágicos que se desarrollaron en Chipre lo constituyeron la huida general de la población civil ante el avance turco; ya el primer día cien mil personas abandonan sus hogares delante de los tanques otomanos; como siempre sucede en estos éxodos, utilizan toda clase de vehículos, que taponan las carreteras, impidiendo el movimiento de las fuerzas chipriotas. Los paisanos de Famagusta y alrededores se dirigen a la base inglesa de Dekelia, que se ve inundada de refugiados; los ingleses organizan como pueden, con tiendas de campaña, campos para estos desgraciados; al mismo tiempo la aviación británica monta un buen puente aéreo con Inglaterra, evacuando a las mujeres, niños y personal civil británico que residía en sus bases. Los que no han podido alcanzar las zonas inglesas se retiran con lo puesto a las montañas, que ellos creen

inexpugnables; al final de la lucha doscientos mil griego-chipriotas vagan por la isla sin hogar y sin alimentos.

En aquella mañana en Atenas, las noticias recibidas, además de hacer temer una guerra inminente con Turquía, que les hace enviar por vía marítima a Salónica todas las tropas que pueden, crea en la población y el Gobierno una psicosis antinorteamericana, adjudicando a los Estados Unidos la mayor responsabilidad de lo que sucede, pues según ellos, el hegemon de Occidente era el encargado de cortar las apetencias y acciones militares otomanas en Chipre, sin acordarse de quienes habían sido los provocadores de todos los acontecimientos. Pero esta reacción popular, justa o no, pero general, fue también la de Caramanlis, el cual de forma inesperada, a las siete y cuarto de la mañana marchó al cuartel general griego, en lugar de, como era costumbre, recibir a los altos jefes en su residencia presidencial, evidenciando así su deseo de tomar una determinación de gran importancia con el consenso militar. En efecto, a la salida de dicha reunión el Gobierno griego lanza al mundo una nota completamente inesperada y de efectos aún no conocidos: Grecia se separaba de la organización militar OTAN de la Alianza Atlántica y prohibía a las fuerzas militares norteamericanas la utilización de sus bases. La noticia cayó como una bomba; era la segunda nación —la primera fue Francia— que se separara voluntariamente de la OTAN. La justificación de esta decisión la dio Mavros, ministro de Asuntos Exteriores griego, el cual, a su salida de Ginebra, dijo: «La OTAN ya no existe, puesto que esta organización no es capaz de prevenir un conflicto entre dos de sus miembros; no tiene razón de existir. Grecia no tomará ya más parte en ella.» En el cuartel general de la OTAN la noticia causó gran depresión, pues la gran cortina de seguridad tendida alrededor de la URSS y los países del Pacto de Varsovia se rompía en uno de sus puntos más sensibles; de momento no se tomarían medidas de ninguna clase y se procuraría que Grecia regresara a su redil. Norteamérica veía muy comprometida su situación en fuerza en el Mediterráneo oriental, pues tanto desde un punto de vista aéreo como el naval, sus bases en Grecia, Creta y sus islas, así como sus estaciones de observación —radar, antimisiles y antiaéreas— eran vitales en esta parte del mundo, siendo difícil que la amenaza no concluyera en hechos reales, dado el ambiente antinorteamericano que reina en todas las esferas griegas.

La reacción soviética se limitó al envío de tres escoltas rápidos modernos, que atravesaron el Bósforo a las nueve de la mañana del mismo día 14; en

cuanto a la separación de Grecia de la OTAN fue poco comentada por la prensa, pero nos figuramos causaría gran regocijo. El Gobierno de los Soviets seguía el desarrollo de todo este asunto con gran prudencia, esperando recoger los frutos que pudiera de tanta insensatez; probablemente la ruptura de la cadena de la OTAN no la esperaba. A todo esto el Consejo de Seguridad, presidido por el ruso Malik, que aún no sabía lo de Grecia, aprueba la propuesta británica a las ocho y media, solicitando la parada inmediata de todas las operaciones militares en Chipre y la reapertura de negociaciones. Esto es todo lo que pudo conseguir Inglaterra, es decir, nada, pues los carros turcos a esas horas avanzan hacia Famagusta y Morphu prácticamente sin encontrar resistencia organizada.

Comienza el día 15; a las diez horas quince minutos la flota turca bombardea la base de Trikomo, a pocos kilómetros al norte de Famagusta, así como la de Boghazi, en sus proximidades. Mientras tanto en Nicosia, en donde también se lucha, poco a poco los cascos azules van consiguiendo un alto el fuego, aunque no completo. También al oeste de la isla la aviación bombardea Lefka, en la costa cercana a Morphu. Por parte americana, aquel día, a las quince horas, el crucero «Little Rock», buque insignia de la VI Flota, abandona Gaeta, en donde realizaba reparaciones rutinarias; esta salida no constituyó, como pudo verse, más que una mera precaución. A esa misma hora y las siguientes, la aviación turca bombardea con intensidad los arrabales de Famagusta; el resto de la población que aún quedaba huye despavorida a las montañas, quedando solamente dentro un pequeño núcleo de defensores, los cuales fueron cogidos entre los fuegos de las fuerzas turcas que ocupaban la ciudadela y los que avanzaban detrás de los tanques.

A las diecisiete horas la radio de Nicosia anuncia que Famagusta ha caído por segunda vez en su historia en poder de los turcos; una gran depresión se apodera de los griego-chipriotas, así como de los griegos continentales, lo mismo que sucediera a los venecianos cuatrocientos dos años antes; no obstante, la radio de Nicosia dice también que los griego-chipriotas se reagrupan y combaten valientemente para contener el avance enemigo; vanas palabras; su caída constituyó en realidad el fin de la lucha organizada, aunque no faltaran actos heroicos de resistencia. Los turcos continúan su avance hasta el límite de la base británica de Dekelia, a cinco kilómetros al sur de Famagusta. En su avance mueren tres cascos azules austríacos, que hicieron honor a sus antepasados imperiales. A continuación hubo dos intervenciones de palabra: la primera, del presidente Ford, quien a las dieci-

nueve horas pidió al Gobierno turco un alto el fuego; la segunda de Kurt Waldheim, que protestó por la muerte de los cascos azules. Desde la ruptura de hostilidades cinco muertos y cuarenta heridos se habían producido entre las fuerzas de la ONU en Chipre.

La opinión francesa cada vez se hace más pro griega; haciéndose eco de ello, el Gobierno de Francia deposita en el Consejo de Seguridad de la ONU una resolución en la que se desaprueba formalmente la reanudación de las operaciones militares por Turquía; más adelante esta actitud, como veremos, será endurecida. Por fin, el Consejo de Seguridad, a las veintidós cincuenta de ese día, aprueba por unanimidad de sus catorce miembros, por cuarta vez, un alto el fuego.

Durante las primeras horas del día 16 de agosto las fuerzas turcas que entraron en Famagusta se dedican a operaciones de limpieza, pues aún quedan algunos valientes; a las ocho ésta se da por terminada. Ese mismo día, a las dos horas, el presidente turco, Ecevit, anuncia que Turquía no tiene ninguna intención de explotar el éxito militar alcanzado en Chipre y no irá más allá de los límites que se había fijado, es decir, que se trataba de una operación militar de objetivos limitados, cuyo fin es la de resolver de una vez para siempre la situación en la isla de la población turca.

La ofensiva otomana se detiene prácticamente en Famagusta y toma un mayor énfasis en dirección a Morphu. Hay un ataque diversivo, mejor dicho, bombardeo artillero de las posiciones griegas de Nicosia, y una intensificación de su ofensiva sobre Lefka, bombardeando todas las ciudades costeras cercanas a Morphu. Por fin, los turcos anuncian a las diez de la mañana que ellos aceptan el alto el fuego, pero que antes se tenía que reunir el Gobierno y aprobarlo; por lo tanto, que tardarían en aceptarlo todavía unas horas. La cosa estaba clara: necesitaban algún tiempo para ocupar toda la línea «Atila», que, en líneas generales, iría desde Morphu, Lefka, a Famagusta.

A todo esto Caramanlis, en un mensaje televisado, se dirige al pueblo griego, diciéndole que afrontar a los turcos en Chipre con las armas en la mano era imposible en razón de su alejamiento y también de los hechos consumados, añadiendo que la capacidad defensiva de la propia Grecia era total sobre el conjunto del territorio; Grecia quedaba inatacable. La política que había adoptado era para responder a una necesidad nacional y al momento histórico. No existía otro camino que presentar la batalla en el campo diplomático; se refirió también a la retirada de la OTAN, pero sin

poner demasiado calor en sus palabras; terminó pidiendo unión y sacrificio al pueblo griego.

Entre tanto el avance continúa, sin encontrar apenas resistencia; prácticamente casi toda la zona deseada por los turcos al norte de la línea «Atila» ha sido ocupada de hecho.

En las Naciones Unidas, Francia presiona para que se adopte su resolución, presentada el día anterior, en la que condena francamente a Turquía; las negociaciones para conseguirlo han sido muy intensas, habiendo logrado recoger once votos; tres se abstuvieron: Irak, Bielorrusia y la propia Rusia. China no se presentó. De todas formas, Estados Unidos exigió que se rehiciera el texto presentado por Francia, pues no debía nombrarse a Turquía como responsable del estado de guerra en Chipre, y únicamente debía limitarse la declaración a desaprobar formalmente las acciones militares unilaterales emprendidas contra la República de Chipre. Por fin, el texto quedó redactado como sigue:

Resolución número 360: «Vivamente preocupados por la agravación de la situación en Chipre, tal como ha resultado como consecuencia a las nuevas operaciones militares, agravación que hace pesar una seria amenaza a la seguridad del Mediterráneo oriental, el Consejo de Seguridad de la ONU hace la siguiente declaración:

1. Desaprueba formalmente las acciones militares unilaterales emprendidas contra la República de Chipre.
2. Invita con insistencia a las dos partes a respetar todas las disposiciones de sus resoluciones anteriores, comprendida aquella que se refiere a la retirada inmediata del territorio de la República chipriota de todos los militares extranjeros que allí se encuentran que no sea por virtud de acuerdos internacionales.
3. Invita también insistentemente a las partes interesadas a tomar inmediatamente, en una atmósfera de cooperación constructiva, las negociaciones solicitadas en la Resolución 358, negociación que no debe ser forzada ni prejuzgada por la toma de posiciones resultantes de las operaciones militares.
4. Solicitar del secretario general que se haga un escrito de necesidades a la vista de nuevas medidas que se adopten, a fin de favorecer el restablecimiento de condiciones pacíficas.

5. Decidir permanecer en sesión permanente y de reunirse en cualquier momento para examinar las medidas que exijan la evolución de la situación.»

La respuesta del representante turco Osman Olcay fue tajante: consideraba el conjunto del texto injusto, desigual y desequilibrado, como concebido en la torre de marfil parisiense, terminando con esta frase: «Francia es capaz de las mayores grandezas, pero cuando se abandona a mezquindades lo hace a fondo.»

No obstante, la resolución dio sus frutos; el Gobierno de Ankara se reunió y dio la orden de alto el fuego a las dieciocho horas de ese día; para entonces prácticamente todos los objetivos, limitados, habían sido cubiertos. Por parte griego-chipriota el alto el fuego fue inmediatamente logrado; pero por el lado turco las cosas no fueron tan fáciles, y el cese de hostilidades no se realizó prácticamente hasta que no ocuparon todo el territorio de la isla que habían programado. Así la península de Karpas, en su parte septentrional, estrecha lengua de tierra que se extiende aproximadamente entre Famagusta y cabo Andrea, había quedado aislada por los turcos, pero sin ocupar; en ella dicen que se encontraban unos treinta mil combatientes; nosotros creemos la cifra exagerada; probablemente se trataría de refugiados; en los días 18 y 19 las tropas turcas la ocupaban sin oposición. En el otro extremo del frente, el que tenía a Morphu como centro principal, las tropas turcas habían llegado hasta Lefka, pues bien consideraron que para mayor seguridad debían ocupar toda la bahía de Morphu; para ello continuaron su avance hasta Kokkina, así como rectificaron la línea «Atila», adelantándola a posiciones tácticamente dominantes. De hecho hasta el día 20, es decir, cuatro días después del alto el fuego, los turcos no terminaron sus movimientos hasta consolidar todas sus conquistas y asegurar sus posiciones.

En el frente diplomático el alto el fuego dio origen a una serie de declaraciones y propuestas, de las que ninguna hasta ahora han tenido realidad. Lo turcos siempre han sido partidarios de reanudar las conversaciones de Ginebra, con el fin de discutir una base federal; proponen dos comunidades separadas geográfica y administrativamente, unidas en una federación que forme un Chipre libre e independiente. Contra esta situación se oponen rotundamente los griegos y chipriotas, pues sostienen que esta separación traería consigo movimientos penosísimos de población, así como que los turcos se quedan con la parte mejor de la isla.

El día 21 de agosto el primer ministro griego, Mavros, sorprendió a todos con una nueva propuesta, hecha a través de la televisión yugoslava, en la cual dijo que Grecia deseaba ver confiar la responsabilidad de Chipre a los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y a un representante de los países no alineados, que podría ser Yugoslavia, ya que los países no alineados pueden prestar una enorme contribución. Según él, las garantías presentadas por los firmantes de la conferencia de Zurich y Ginebra habían fracasado, así como la propia OTAN al no poder impedir un conflicto entre dos de sus miembros. Esta propuesta no tuvo el menor eco, aunque Yugoslavia, como es lógico, la consideró como realizable.

El día 22 el Gobierno soviético hizo una declaración sobre Chipre, en la que se hacía una propuesta para que «se resolviera este problema en el seno de un fórum representativo de Estados, reflejando la imagen política del mundo moderno», según sus palabras. Comenzaba la declaración con una invectiva contra la OTAN, a la cual atribuía toda la responsabilidad de lo ocurrido en Chipre, diciendo que lo que ésta trataba era de convertir a la isla en un bastión de la Alianza Atlántica, habiendo realizado para ello maniobras diplomáticas y militares, que terminaron con el golpe de Estado e intervención militar, con los resultados conocidos.

Las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre la retirada de tropas extranjeras, cese del fuego y restablecimiento del orden quedaron en letra muerta, pues no solamente las tropas extranjeras no se han retirado, sino que, por el contrario habían sido reforzadas, no habiendo sido seguidos los llamamientos del Consejo a los países interesados por actos concretos. Las tentativas llevadas a cabo por resolver el conflicto en el cuadro de la OTAN, es decir, de los países firmantes de los acuerdos de Zurich y Londres en el año 1970 han sido también un fracaso completo. Por el contrario, la Unión Soviética defiende de manera firme y constante los intereses del pueblo chipriota y su independencia como nación soberana dentro del marco de las Naciones Unidas. En consecuencia, el Gobierno soviético estima que ha llegado la hora de resolver el conflicto en el seno del fórum citado, convocando a tal objeto una conferencia internacional en el cuadro de las Naciones Unidas, con la participación de Chipre, Grecia y Turquía, de los países miembros del Consejo de Seguridad y algunos otros países pertenecientes al movimiento de los no alineados.

Esta propuesta soviética no tuvo apenas eco, excepto en Grecia, donde se consideró como constructiva; pero el resto de los países, especialmente Norte-

américa, la rechazó estimando que sólo debían intervenir en la discusión los firmantes de los acuerdos de Zurich; pero se tropieza para ello con que los griegos no quieren reanudar las conversaciones de Ginebra hasta que los turcos no se retiren a sus antiguas posiciones y se marchen de la isla, cosa, como es lógico, muy difícil de conseguir, ya que se encuentran en una posición de fuerza. El secretario de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, el día 28 hizo un viaje a Chipre, seguido de una visita a Ankara y Atenas. Por lo pronto consiguió que los dos representantes de las minorías chipriotas, Clerides y Denktash, se reunieran en Nicosia; esta conversación se presentaba en apariencia con buenos frutos, pero la realidad no ha confirmado estas esperanzas; después Kurt Waldheim cayó enfermo y no se ha vuelto a hablar de su mediación, aunque ésta no haya sido descartada. En los momentos de escribir estas líneas las cosas continúan igual; no se toman decisiones concretas en el mundo diplomático sobre el caso Chipre, languidiendo poco a poco los comentarios tanto en la prensa como en los demás medios de difusión, dando la impresión de que se está cristalizando una Chipre dividida entre griego-chipriotas y turcos, sin posibilidades aparentes de reunión federal ni al estilo de la anterior; la voz del arzobispo Makarios clama en el desierto y no parece tampoco con probabilidades de regresar a la isla, aunque es prematuro prever el futuro, dado que Chipre se encuentra en la zona de fricción de los dos grandes de la Tierra y, por lo tanto, en una inestabilidad política extrema; pero ambos tratan de aunar la firmeza del apoyo de sus intereses político-militares con la prudencia de su actuación, con el propósito de cumplir su acuerdo, tácito o expreso, de evitar los roces directos, con consecuencias graves para su convivencia.

En lo que concierne a las consecuencias que pueda tener la salida de Grecia de la OTAN, por ahora no existen noticias concretas; el Consejo de la Organización se reunió en Bruselas, durando la reunión cuarenta minutos, lo que da una idea de que no quisieron entrar a fondo en el problema, aplazándolo para ulteriores reuniones y consultas, seguramente con la esperanza de que Grecia lo piense mejor y regrese a su seno, aunque por ahora no hay síntomas de que esto se pueda realizar. Sobre la prohibición de utilización de sus bases por los norteamericanos, parece que la cosa es seria. Por lo pronto, Israel y Turquía se han ofrecido para reemplazarla; pero no creemos que acepte ninguna de las dos ofertas, pues sería entrar de lleno en el avispero del Medio Oriente; más bien pensamos que la postura estratégica de USA sea la misma que la de Carlos V y Felipe II cuando se

perdieron Rodas y Chipre: reforzar Malta y Nápoles; es probable que La Valleta y Roma salgan reforzadas en su posición de bastiones del mundo occidental; con ello y la amenaza de la entrada en el Gobierno italiano de los comunistas parece que juega el actual Gobierno de Italia para conseguir la ayuda financiera que necesita para salir de sus apuros crematísticos actuales.

Es posible que también Egipto obtenga beneficios de este conflicto tanto por parte de Norteamérica como de Rusia, pareciendo inclinarse por un neutralismo que puede complacer a los dos grandes rivales, aunque sus tensiones con Israel hagan este juego difícil.

Los judíos, al ofrecer Jaffa a la VI Flota, trataban de atraerse aún más a Norteamérica a su campo; pero, como dijimos antes, no creemos que ésta sitúe a sus fuerzas en semejante avispero, pues los riesgos son tan evidentes, que no necesitan comentarios. Por otra parte, la posición de los judíos en el Próximo Oriente se ha debilitado de una forma alarmante, pues su superioridad económica, base de su potencialidad militar, ha debido ser sobrepasada por los países árabes después del aumento de los precios de los crudos petrolíferos, que ha dado a éstos unas posibilidades financieras insospechadas, como lo prueba el hecho del levantamiento por parte de Francia del embargo de armas, que subsistía desde 1967; pero, al margen de cuestiones morales y políticas, el mercado de armas de los países árabes en las nuevas circunstancias Francia no se lo quiere perder, ya que, gracias a las previsiones del general De Gaulle, se ha convertido en la tercera potencia mundial productora de armamentos, esperando realizar pingües negocios que le ayuden a salir de su actual crisis económica. La actitud de Rusia con relación a Turquía ha sido de mucha moderación, a pesar de estar situada en campo opuesto; la razón de esta postura la encontramos en la posición de dominadora de los estrechos de los Dardanelos que le concede el Tratado de Montreux, ya que Rusia, que es uno de los firmantes, necesita para que lo atraviesen sus barcos de guerra preavisos a la Sublime Puerta de cuarenta y ocho horas, lo que somete de hecho a las fuerzas navales soviéticas a una servidumbre turca que no puede echar en saco roto. Turquía se ha mostrado discretísima con ella durante toda la duración de la crisis habida en el Mediterráneo oriental durante el conflicto árabe-israelí, lo que obliga a la URSS a no adoptar posturas extremas contra ella, y explica su moderación en el conflicto chipriota.

Como el Mediterráneo en la geoestrategia global constituye una unidad estratégica, lógicamente los hechos ocurridos en Chipre y la defección de

Grecia tienen que tener repercusiones en su otro extremo, es decir, en el estrecho de Gibraltar y sus accesos; en consecuencia, la importancia de la base de Rota es posible que aumente considerablemente, debiendo pensar los españoles en ello en el momento de la reapertura de negociaciones. También debemos pensar en lo ocurrido en Chipre, como ejemplo a considerar, pues constituye un caso claro de un país con una situación estratégica excepcional, pero sin fuerzas militares propias, y, por lo tanto, juguete de las potencias interesadas en apropiársela, o como mal menor, en atribuirle una postura neutralista que conforme a las dos grandes partes interesadas. Pues bien, España, en la estrategia global, tiene una situación de tal categoría, que en una guerra mundial puede desempeñar un papel decisivo o, al menos, de enorme importancia, y, por lo tanto, corre el riesgo de convertirse en un objetivo político militar de primera clase, dando lugar a presiones o intervenciones contrarias a nuestros intereses en momentos de crisis mundial o regional. Esto sentado, la independencia de nuestras decisiones solamente la podremos obtener con una potencialización militar adecuada a las características de nuestra posición geopolítica, que nos sitúa en una de las zonas focales del tráfico marítimo más importante del mundo, así como en la charnela geográfica que une a dos continentes: Europa y África, y a dos mares: el océano Atlántico y el Mediterráneo. Estas dos propiedades fundamentales son las que tenemos que explotar en nuestras relaciones internacionales por medio de un rearme adecuado a estas características, debiendo poner el énfasis principal en el desarrollo de nuestras fuerzas navales y aéreas, ya que sus posibilidades de actuación, como consecuencia de las propiedades estratégicas que la geografía nos brinda, las revaloriza extraordinariamente con relación a las de otras naciones europeas, quizá más fuertes, pero mucho peor situadas para tener una influencia decisiva en la estrategia global.

Si consiguiéramos obtener una modernización y equilibrio racional en nuestras fuerzas armadas, es seguro que podríamos contemplar nuestro porvenir con un mayor optimismo, así como proporcionar a nuestro desarrollo un respaldo eficaz al evitar ser juguete de los manejos de aquellos que desean evitarlo.

Lo sucedido en Chipre nos debe abrir los ojos y hacernos pensar que una situación geopolítica excepcional resulta contraproducente si no se ve respaldada por una potencialidad militar adecuada.

ENRIQUE MANERA

